

Después de la Caída

POR SU AUTOR, EL FAMOSO ARTHUR MILLER

(Algunas de sus consideraciones)

NO SOY TAN INGENUO como para imaginarme que "Después de la caída", iba a ser acogida como cualquier otra pieza y criticada como tal, pero es sorprendente comprobar hasta qué punto algunas personas, por otra parte objetivas, pierden todo el sentido de las proporciones cuando se encuentran frente al hecho, no obstante evidente, de que algunos elementos de la vida del autor se encuentran en sus piezas.

El personaje de Maggie, que parece ser la causa principal de la agitación que se creó alrededor de la pieza, no es, en realidad, Marilyn Monroe. Maggie es un personaje de una obra cuyo tema es la reticencia instintiva del hombre, digamos su incapacidad, para descubrir que lleva en sí mismo los gérmenes de su propia destrucción. Si introduje el personaje de Maggie en esta obra, es porque simboliza perfectamente la potencia de autodestrucción que termina por invadir a un ser que se cree una inocente víctima. Y Maggie simboliza tanto mejor este punto de vista puesto que ella está, en realidad, muy cerca de ser una inocente víctima: víctima de sus padres, de un código sexual puritano, de la explotación de su talento de comedianta.

El personaje de Maggie está, evidentemente, tratado no sólo con respeto por su sufrimiento, sino también con amor. ¿Es posible imaginar que alguien sea capaz de suicidarse sin que previamente inmensas fuerzas de autodestrucción se hayan desencadenado en él y que lo haga limpiamente con una sonrisa y sin el horror que inspira un acto semejante?

Pero quiero llegar a esta conclusión (y me animo a decirlo porque se me ha acusado de ser cruel respecto a la memoria de Marilyn Monroe); en la mayoría de los casos, son precisamente aquellos que se burlaban de sus ambiciones y la atacaban más ferozmente, directamente o por escrito, los que se pretenden hoy lastimados porque los sentimientos de Maggie tengan alguna relación con los de Marilyn.

La hipocresía que, durante su vida, la asombraba y finalmente la sacaba de quicio, parece perseguirla más allá de la muerte.

Uno de los pasatiempos favoritos, aunque no muy importantes, de los medios literarios consiste en jugar al juego de "Encuentre al autor". Una vez "encontrada" esta identidad, un seudoesentimiento de saber se insinúa en el alma del lector; como si hubiera conseguido desbaratar la astucia del autor que quería hacer pasar como obra de arte lo que sólo era, en el fondo, una biografía velada.

Es pretender que la ficción, bajo la forma de pieza de teatro o de novela, debe caer del cielo; de otra manera, pierde el derecho de ser clasificada como obra de arte.

En oposición a la imagen romántica del artista que crea mundos imaginarios, sin ninguna relación con su propia vida, el valor humano de una obra de arte surge precisamente del poder único que ella tiene de hacer compartir a otros una experiencia que, sin ella, permanecería en las sombras. El arte debe dar testimonio so pena de caer en el artificio y la complacencia.

Cuando hablo del arte como testigo, es simplemente para restituirle su función primordial, que es abrir los ojos a la vida y no procurar un falso consuelo. Creo que "Después de la caída" es la expresión dramática de un proceso escondido, subyacente, de las fuerzas de destrucción que planean sobre nuestra época.

El hecho de que los elementos de mi vida hayan sido públicos al punto que, para algunos, los informes sobre mi persona hayan hecho olvidar mi obra, no me ha impedido utilizar las circunstancias de mi propia experiencia; ni más ni menos que si mi vida hubiera sido desconocida por el público. Un día u otro —como ya ha pasado con otras piezas mías— la identificación extra-dramática de los temas y de las personas de "Después de la caída" no tendrá ya importancia.

Si el elemento suicidio tiene un lugar en esta pieza, no es porque yo mismo haya debido pasar ante una comisión investigadora, sino porque, en la estructura temática de la obra, un suicidio semejante aclara la impotencia del hombre para vivir con esa mezcla de bien y de mal inherente a su naturaleza.

Esta pieza no es ni un alegato pro domo ni una acusación. Es simplemente, abierta y claramente, una toma de posición frente a la responsabilidad del hombre con respecto a sus actos. Más aún, esta voluntad de Quentin de asumir concretamente la responsabilidad de su vida y de su persona lo lleva a sentirse culpable hasta de aquello que no hizo. Todo este asunto me hace recordar la virtuosa indignación que provocó el libro de Hannah Arendt "Eichmann en Jerusalén".

Me parece, después de haberlo leído, que el autor quiere probar algo muy simple: la importancia del caso Eichmann no surge del hecho de que fuera un monstruo, sino de que, para ejercer sus actividades monstruosas —para encontrarse en esa posición de asesino— le era necesario el permiso moral de los otros.

Para probar su tesis, el autor llega a atribuir esta caución a judíos y no judíos de buena voluntad, que no se opusieron, a pesar de todo, de una manera radical y activa a esa barbarie. Pero la idea de que "nosotros" seamos, aun de una manera lejana, responsables de aquello que "nos" horroriza es a tal punto insostenible para algunos, que vieron en el libro de Hannah Arendt una defensa de Eichmann.

Es, y será siempre, el mismo combate: comprobar que nuestra propia complicidad con el mal es un horror insostenible. Es más fácil, y sobre todo más reconfortante, dividir el mundo en dos categorías: de un lado, las víctimas totalmente inocentes; del otro, los verdugos, totalmente malos y enteramente responsables del clima de violencia en el cual estamos sumergidos. ¡Sea lo que sea, pero que no pongan en duda nuestra inocencia!

¿Pero, dónde se encuentran, en el mundo, los templos de la inocencia? ¿No será en los asilos de locos? Ahí, las gentes atraviesan la vida con una perfecta inocencia, incapaces de ver en sí mismas. La perfección de la inocencia, en verdad, es la locura. En esta pieza, Quentin intenta abrirle los ojos a Maggie para hacerle comprender que es cómplice de su propia destrucción. Es un acto de amor porque exige que él mismo descubra su propia complicidad si quiere que sus imprecaciones tengan efecto. Debe, en resumen, abandonar sus pretensiones a la inocencia si quiere sustraer a Maggie de su empresa de autodestrucción.

No es lo que puede haber de personal en esta pieza lo que ofusca a algunos. Es, a mi criterio, que el desagrado que engendra, nada tiene que ver con la literatura. Esta pieza es bien de nuestra época. No deja demasiado sitio para los "buenos sentimientos".

Entonces, ninguno de aquellos que, en la vida, se burlan de todas las Maggies del mundo, que ridiculizan sus esperanzas, que se aprovechan de su ignorancia, de su vulnerabilidad, de su terrible soledad y de su carencia, ninguno de ellos puede pretender, con una lágrima o dos, ofrecer su simpatía a las víctimas de su hipocresía.

Todo eso, la pieza, gracias a Dios, lo prohíbe.